

Versaciones de un chupaplumas

Los folios han resultado ser cuatro



[1]



que, aunque no sea lo que se pudiera llamar para tirar cohetes propiamente, podría usted decirle a su amigo { **(llegado el caso, claro, que si el caso no llegase no sería necesario ni vendría al caso que me hiciera usted caso)** *tampoco está tan mal — le diría, le digo, pero usted verá — considerando que los escribí en un rato de nada como quien dice mientras llegabas, tú, y perdóname que te hable con tanta rudeza (si es*

*que quisiera usted disculparse, que si no quisiera lo podría usted omitir si quisiese), si no tienes novia no vas, como es natural, con ella a ninguna parte ni dices estando con ella nada de nada, ni nunca pudiste expresar, ni ninguna camarera pudo oírte, deseo ni ilusión ninguna por tantas o cuántas página} que a usted lo habría dejado bastante satisfecho porque tenía la impresión de que su razonamiento estaba bastante bien argumentado, sin ningún cabo suelto, y que cuando en una argumentación no hay cabos sueltos que le puedan a uno jugar una mala pasada discurriendo por su cuenta por rumbos por los que para nada uno contaba, tiene uno, por muy mal que se pongan las cosas y si el uno no es demasiado torpe, recursos suficientes como para poder salir no digamos “triumfante” y cubierto de una gloria que vaya a trascender más allá de un puñado de siglos, pero sí lo bastante airoso como para mantenerse en los primeros puestos del ranking durante un par de temporadas, *así que (continuaría usted, sin levantar la cabeza de los folios embebecido por el torrente de palabras que, afluyendo imparables a su mente, descienden irrefrenables a sus dedos, agarrotados sobre el bolígrafo que se desliza febril, volando, sobre el papel), lo siento en el alma y de verdad te digo que lamento el tener que expresarme con tanta dureza, pero tú solo te lo has buscad...**

– De acuerdo — dice, de pronto **(escribirá usted, para que el lector sepa que el que dice es su amigo)**, cortando con su tono cansino, desganado, el hilo de mis pensamientos **(los de usted, como ahora es usted el que habla, y por eso escribe en presente)** ahora que precisamente y por fin parecía que empezaban a encarrilarse por derroteros medianamente

Versaciones de un chupaplumas

Los folios han resultado ser cuatro



[2]

prácticos; y con una resolución que no concuerda con el apático “de acuerdo” anterior —: el escritor, acuérdate, ahora soy yo.

– ¿A qué viene eso? — pregunto, (usted, en presente) soltando contrariado el bolígrafo — Tú has sido en todo momento el escritor.

– ¿De verdad? — pregunta él (y usted puede escribir, para adornar la prosa, que lo mira entornando los ojos de forma que le recuerda a aquella vez en que los vio, usted, a ustedes dos reflejados en el espejo, cuando lo del puñetazo, aunque ahora ninguno de los dos sonría ni haya dedos clavándose en hombros causando el menor daño) — ¿Puedes asegurar sin mentir que el escritor he sido siempre yo?

– Pues claro que sí – le contesto (escribirá usted).

– ¡Eso es mentira!! — Clama. Y como si hubiera perdido por completo los estribos agarran los folios, y los arruga, iracundo; y los desgarran sin dejar de repetir “¡mentira, mentira y mil veces mentira!” cada vez más alto¹ — Mentira y la más vil y repugnante de todas las deslealtades porque a qué, si es que puedes explicármelo, viene si no aquel tu “y el escritor, acuérdate, ahora eres tú”.

– Ah. Te refieres a eso...

– A “eso”, sí. Y no lo digas con voz tan neutra, tan tranquilo como si no significase nada. A “eso” que es, ¡fíjate bien, so imbécil, en lo que te estoy diciendo!, el mayor de todos los errores que pudieras cometer porque... ¡Pero tú no te das cuenta!, el chupatintas arrellanado en su poltrona no se percata de nada, no ve más allá del cristal tras el que mira embelesado, enorgullecido su cara de idiota porque el señor ha escrito un best seller...

– ¡Pero si todavía no he escrito nada!

– ¡Ni lo escribirás en tu puta vida! — Suelta un soplido largo, cómo expulsando toda una rabia que no puedo comprender cuando mis sueños son tan sólo eso, sueños que por más que puedan avergonzarme de tan ridículos son sólo sueños de alguien que garabatea (garabateaba, antes de que él los desgarrase) espejismos impensables para un funcionario sin más horizontes que un bien remunerado retir... — O nada al menos que

¹ O más bajo, porque creo que hay personas que cuanto más iracundas están más bajo hablan, como si masticasen las palabras, Y como yo a su amigo no tengo el gusto de conocerlo — y que no sería una mala idea que lo invitase usted un día a comer ahora que tenemos cocinera, y me lo presentaba; aunque sólo es, naturalmente y usted decidirá, una sugerencia —no sé de cuál de los modelos pueda ser.

Versaciones de un chupaplumas

Los folios han resultado ser cuatro



[3]

merezca la pena — continúa, cortando de nuevo el hilo de mis pensamientos aunque esta vez no me contraría como son pensamientos tan tristes, encendiendo con parsimonia un cigarrillo —; nada que merezca la pena hasta que no aprendas a no intentar meterte... ¡y conseguirlo, maldita sea! — y suelta una carcajada casi festiva, que me desconcierta; y en tono afectuoso que me desconcierta más todavía “¡qué pedazo de mamón!” para, de nuevo sereno, concluir —: en los zapatos del escritor y sí en los del personaje.²

Cola

² O que, a lo mejor, a lo mejor queda mejor “no en los zapatos del personaje y sí en los del escritor”. Pero eso tendrá que decidirlo usted (o su amigo, claro) que para eso es usted (o, bueno, el) el escritor del que yo, aquí y aspiradora en ristre, nada más soy un personaje, y lo mismo hasta sólo secundario, además.

Ah, y por si le interesa, que se me olvidaba, la cocinera es como de mi edad, de un 1,65 de estatura, vendrá a pesar unos 68 kilos, es rubia (aunque posiblemente teñida) y tiene el pelo rizado (que debe de ser de rizo natural porque se ve brillante y muy sedoso, y un moldeado sobre un tinte dejaría el pelo como un estropajo, que lo sé yo porque una vez me hicieron un destrozo). Que se lo digo para que no se gane usted otra regañina de doña Celedonia (o no era a lo mejor doña Celedonia, pero búsquelo usted) por lo de las descripciones.

Cuando ya tengamos más trato (la cocinera y yo) me irá contando poco a poco cosas de su vida, supongo. Lo tendré al tanto.